

PARA EL DÍA

DE LA

ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LOS CONSUELOS Y LA GLORIA DE LA MUERTE

DE LA SANTA VÍRGEN.

DIVISION.—I. *Los consuelos de la muerte de María recompensan las amarguras que siempre habian afligido á su alma santa.* II. *La gloria de la muerte de María repara los abatimientos que siempre la habian acompañado en la tierra.*

Primera parte. A tres géneros de amarguras que habia padecido María, corresponden tres géneros de consuelos: á la amargura de desamparo un consuelo de fortaleza y de valor; á la amargura de celo un consuelo de paz y de alegría, y á la amargura de deseo un consuelo de posesion y de gozo.

1. Jesucristo se habia manifestado indiferente para con María. En el templo parece que se reprende su inquietud y que se olvida de que tiene madre en la tierra; en Caná la da á entender que nada tiene de comun con ella; si llaman felices á las entrañas en que estuvo, declara que solo son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la ponen en ejecucion; si le dicen que le esperan su madre y sus parientes, responde que no conoce mas madre ni mas hermanos que los que hacen la voluntad de Dios; en todas partes vemos á María probada con desamparos; debia enseñarnos que este camino tan penoso para la naturaleza es el camino ordinario de las almas puras y perfectas, y que cuanto mas quiere Dios unirse á ellas con una fe viva y fervorosa, mas la priva de los consuelos humanos; pero tambien era justo que la presencia visible de Jesucristo fuese el primer consuelo de María en su muerte, y que el Señor se diese tanta mas priesa á manifestarse á su Madre, cuanto mas habia parecido negarse siempre á sus ansias.

2. El celo de María la ocasionaba el segundo género de amargura; veia con dolor la inutilidad de las instrucciones y milagros de Jesucristo, los lazos que le ponian sus enemigos, la desercion aun de sus mismos discípulos, la obstinacion de Judas y su reprobacion; era preciso que enseñase á las almas justas á que á los piés de los altares llorasen los males y necesidades de la Iglesia, que implorasen las gracias del cielo para sus hermanos pecadores é impenitentes. Pero este celo de dolor de que estuvo llena toda la vida de María, debia mudarse en su muerte en un consuelo de paz y de alegría; veia con claridad las razones de la divina sabiduría en orden á los sucesos que habian contristado su tierno afecto, la utilidad de los oprobios de su

Hijo, las ventajas que habia de sacar del mismo aborrecimiento de los judíos, veia llamados los gentiles, convertidos los reyes, desengañados los filósofos y triunfante la religion: de este modo una alma justa que está para morir, ve que en todos los caminos por donde Dios la habia guiado se hallaba su utilidad; que las desgracias, las aflicciones, las contradicciones, las perfidias, etc., todo era en las manos de Dios medios de santificacion para ella; al contrario, los que solo han trabajado por el mundo, conocen entonces que su vida no ha sido mas que una continua puerilidad, y aunque tarde, se arrepienten de haber empleado tan mal sus cuidados y sus penas.

3. La última amargura de María fué una amargura de deseo, separada de Jesucristo, único objeto de su amor, sus deseos, sus pensamientos, su corazon, todo estuvo siempre en el cielo. Continuamente se quejaba de lo dilatado de su peregrinacion, continuamente moria de amor y de tristeza; nosotros no podemos conocer hasta dónde llegaba el exceso de sus penas, porque aun estamos unidos á la tierra con mil lazos; los disgustos de nuestra vida son los disgustos de nuestras pasiones; un buscarnos en todo á nosotros mismos, y un enfado de no poder hallar en el mundo objeto alguno capaz de satisfacer nuestro corazon; aun entre las almas consagradas á Dios hay pocas que conozcan la tristeza de este destierro; sentimos la duracion de su cruz y la tristeza de la virtud; no atendemos á los grandes consuelos que experimentaban los santos en sus lágrimas; pero la purísima alma de María conocia todo el desconsuelo que inspira un amor violento cuando está separado del objeto que ama; por eso su muerte no es mas que el término de sus suspiros y el consuelo de su tiermo amor; su corazon va á reunirse con su amado, va á ver con su propia

carne á su Salvador, casto fruto de su vientre. ¿Quién podrá explicar los amorosos excesos del corazon de María á vista de su Hijo glorioso? Estos son unos secretos que no puede explicar el estilo humano; lo que nos hace al caso es el saber que la muerte no separa al justo sino de lo que nunca habia amado, y que, si es lícito explicarse así, no muere tanto como el pecador, que muriendo á mil objetos á que estaba unido, padece mil muertes en una sola.

Segunda parte. A tres géneros de abatimientos que se observan en la vida de María, suceden hoy tres géneros de gloria; al abatimiento de privacion una gloria de elevacion y de excelencia, al abatimiento de dependencia una gloria de poder y de autoridad, al abatimiento de confusion y de desprecio una gloria de veneracion y de respeto.

1. En la vida de María se ve una continuada série de tristes privaciones y desprecios. Descendia de la sangre de David, y el privilegio de su gracia se adelantó al de su nacimiento; era Vírgen en su fecundidad; finalmente, era Madre de Dios: ninguno de estos títulos se manifestó en la Señora mientras vivió en la tierra; todos estuvieron oscurecidos ó ignorados y aun desmentidos en la apariencia; sufre con alegría el estar despojada de ellos, y no se la oye palabra que pueda hacer traicion al secreto de su humildad: puso especial cuidado en confundirse con las demás madres de Israel; pero hoy emplea Dios toda su atencion en distinguirla con un especial privilegio; su carne no ve la corrupcion, sube al cielo triunfante y gloriosa para sentarse al lado de su Hijo, sobre todos los principados y potestades. Este era el justo premio que Dios reservaba á las privaciones y abatimientos de la vida de María.

¡Ah! nosotros no imitamos su constante humildad; siem-

pre nos damos á conocer por aquellas calidades que mas nos recomiendan, y aun cuando arrepentidos de nuestros desórdenes hemos tomado el partido de una vida cristiana, queremos que el mundo conserve la memoria de nuestros talentos y de nuestras prendas; nos sirve de complacencia el que en esta parte se haga caso de nuestro sacrificio, y gustamos de ver lucir en nosotros, con las maravillas de la gracia, los talentos de la vanidad; aun en los claustros volvemos á tomar con una mano aquel vano esplendor que parecia habiamos sacrificado con la otra, y queremos volver á hallar en la casa de la humildad los distintivos que habiamos despreciado en el mundo.

2, María durante el tiempo de su vida mortal siempre amó la dependencia; sujeta á la voluntad de José, inseparable de las órdenes y suerte de su Hijo, entregada al discípulo amado y mirándole como árbitro de su conducta, siguiendo á los discípulos despues de la muerte de Jesucristo como cualquiera otra de las mujeres fieles, sin afectar preeminencia ni autoridad alguna; portándose como una simple hija de la Iglesia, la que era su protectora y su madre; hoy toma posesion en el cielo del poder que no habia querido ejercer en la tierra, y queda establecida medianera de los fieles para con Jesucristo y repartidora de las gracias: quiere el Señor que nosotros imploremos el auxilio de su Madre para alcanzar de él lo que deseamos; no quiero decir que baste el tributarla algunos respetos para asegurar nuestra salvacion, pues esta solamente es premio de la observancia de la ley de Dios; María mira como á enemigos de su Hijo á los que aman al mundo, á los que se entregan á los deseos de la carne, á los trasgresores de sus santos preceptos, que no tienen grabado en su corazon el amor de este divino Hijo y de su verdad: María no puede ser con-

traria á Jesucristo, su poder no puede trastornar la obra del Evangelio; es el recurso de nuestras necesidades, pero no la protectora de nuestras pasiones; no ama en sus siervos sino las virtudes con que ella misma se hizo agradable á los ojos de Dios.

3. El último abatimiento de María fué un abatimiento de desprecio y confusion; sufrió en silencio la vergüenza de las sospechas de José; se sujetó, como Jesucristo, á llevar sobre sí por algun tiempo la semejanza del pecado y á sacrificar su inocencia á los ocultos y adorables preceptos de la divina sabiduría; por eso á su muerte se sigue una gloria de veneracion y de respeto: los hombres apostólicos la dirigieron sus súplicas, su culto se fué estableciendo á proporcion que la fe se iba derramando por la tierra; el error la disputó en vano la augusta cualidad de Madre de Dios; los concilios se congregaron para dejar á la posteridad en sus decisiones los títulos de su respeto á María; las ciudades y los imperios se pusieron bajo su proteccion. Nuestras provincias, á las que la mano de Dios habia herido, vieron caer por su intercesion la espada que las castigaba, y uno de nuestros reyes, para inmortalizar este beneficio, hizo un voto público de todo su reino á esta Emperatriz de los cielos que acababa de conservarle. ¡Qué diferente es la muerte del pecador de la de María! A éste todo se lo arrebató la muerte, de todo le despoja; luchando solo con ella, extiende inútilmente las manos á las criaturas que se le huyen; quanto tuvo por real y verdadero desaparece, quanto tuvo por vano y quimérico se manifiesta cierto; su desgracia le da nuevas luces, pero no le da un nuevo corazon; muere desengañado, aunque no arrepentido.